

El Tiempo Mítico

ESTIMARON los antiguos que la verdad divina ha de encerrarse en fórmulas o mitos, debiendo manifestarse sólo por transparencia al hombre. La esfinge colocada delante de los templos egipcios, recuerda esa sapiencia sacra, eterna y enigmática como el misterio de la vida. La naturaleza es clara, el hombre turbio, la divinidad radiante pero indescifrable; y a nadie es lícito turbar el equilibrio primordial. Por eso cuando algún atormentado intentaba conocer el enigma, se le mostraba la sentencia grabada en el frontón del templo de Athena en Sais: "Soy todo cuanto fué, cuanto es, cuanto será. Y mi velo no ha sido nunca levantado por mortal alguno."

La teurgia oriental inventa los símbolos para ayudar a la mente; cuanto más oscuros, mejor. La razón escrutadora mata el espíritu religioso, termina en el vacío; el misterio mantiene viva el agua de la fe, enlaza cielo y tierra, vida y muerte, sombra y luz. Corto y mísero el vivir del escéptico. Largo y cálido el soplo del creyente. ¡Pon tu fe en algo, expande tu razón en alas del sentimiento, pero no olvides: la verdad última nunca será revelada! Es toda la metafísica de las religiones.

Marídase el estudio de las religiones con la pesquisa de los mitos. Lo que no dicen los restos arqueológicos, las lenguas y el testimonio histórico, lo aclaran el símbolo y las fábulas; y es en esta encrucijada del saber con el sentir, donde comienzan los sobresaltos del alma americana. ¿Cuáles fueron las religiones primitivas, cómo la mitografía continental? ¿Disponemos de una taxonomía crítica para estudiar las culturas prehistóricas? Nada preciso; sólo ruinas precarias, glifos indescifrables, estudios aislados, ajenos casi siempre al método científico. Poco es lo que alcanza el ojo; menguado lo que recuerda la memoria. Este saber infuso, que ignora lo que ha de orde-

nar, se deja entrever sólo por adivinaciones. En un sentido humanista, el pasado del continente no fué aún sometido a la ordenación sistemática. ¿Qué se sabe de los tiempos primeros? Casi nada. ¿Qué falta por descubrir? Casi todo. Mas el americano, como manda Pablo, no ha de seguir la letra que mata sino el espíritu que da vida. No habiendo un conjunto de conocimientos intelectuales para sistematizar la comprensión de las edades primitivas, ha de rastrear por la tradición y por la fábula el paso fulgurante del tiempo mítico: la naturaleza como bramando en el combate transformador del cosmos; los Dioses y los Héroes como chispas que brillan y desaparecen en el divino juego de la inteligencia que ordena el universo.

¿No dice Gregorio teólogo "mejor es que a la Fe se sujete la Razón?" Y bien, lo que calle la tierra, lo que no atestigüen las ruinas ni el escaso documento, suplirán la nostalgia eterna de un pretérito mejor, la eterna esperanza de los tiempos que aún no han sido. Porque está escrito: lo que el hombre recuerda o anticipa, sueño es. Mas los sueños forjan cosas de un limo inmaterial, Y el que sueña, realiza. Y el que realiza, sueña.

¿Cómo se organizaron las primeras sociedades andinas? Aquí la gloria y la escoria de los investigadores. Creen saberlo todos y no lo sabe nadie. Si Sarmiento de Gamboa defiende sutilmente la tesis atlante, el padre Acosta replica que es imposible establecer el origen de los indios. Villamil de Rada pretende explicar el Génesis por la cosmogenia andina. ¿No es ir muy lejos? Posnansky remonta a diez mil años la cultura primitiva. ¿No es ir muy cerca? A la gran hipótesis filogenética de Ameghino sosteniendo la primacía de América como cuna de la humanidad, contesta Paul Rivet que el Nuevo Mundo ha sido un tardío centro de convergencias de razas y pueblos. Y esto sólo mencionando a seis entre centenas, que imposible sería nombrar a todos los partidarios de la tesis bíblica, del poligenismo, de la autoctonía, de las migraciones asiáticas, polinésicas, australianas, mayas, de los mestizajes encontrados, de las civilizaciones superpuestas y dispares. Se ignora la antigüedad del suceso humano en estas "espantables montañas que llamamos de los Andes". Pero el diálogo más intrépido lo sostienen Ameghino desde el Plata, y Villamil de Rada empinándose en la planicie andina; aquí sistematizando la teoría, éste presintiendo y revelando el mito. ¿No ha sido América el continente más antiguo y el americano el hombre primero? ¿No explica el aimára, la lengua primordial y prehistó-

rica, mejor que el hebreo las nominaciones bíblicas y los nombres de la antigüedad oriental? ¿“Antiquitas”, “anticus” o “andino” no es lo mismo: lo antiguo? Mas la ciencia actual es incrédula; refuta al paleontólogo platense y desdeña al filósofo andino, aduciendo que sus pruebas son inciertas. ¿Llegará el día en que cabezas fuertes sistematicen y clarifiquen los atisbos fulgurantes del visionario de Sorata? Puede ser . . . Puede no ser . . . Entretanto, sabio o aficionado, quien busca los orígenes del hombre en la planicie andina, tropieza con la palabra órfica: “Upamarca.” País del silencio, que lo devora y enmudece todo — dice el aimára a la muerte. Y es el rótulo inscrito en el panteón andino.

Un día el Inca Garcilaso, terruñero y melancólico, significó en frases inmortales la majestad de este callar de siglos: “. . . aquella nunca jamás pisada de hombres, ni de animales, ni de aves, inaccesible cordillera de nieves.” Y el atisbo penetrante de Lawrence, alma envejecida de civilización, siempre en busca de la sangre oscura que cae desde la mente, el ojo y la palabra y el conocimiento y corre hacia la inmensa y única fuente del sueño primordial, profiere estas otras significantes palabras: “. . . la maravillosa, remotísima y nevada edad de la América, el continente de lo que fué.”

¡Mudar, mudar, pasión de tránsito! Pisamos lo que fué venerado; hollados serán nuestros altares. ¿Cuál la medida del saber humano? El Ande, por ejemplo, proteico y transformante, cuna de imperios y religiones, daría dioses, héroes como galaxias; pero su antigüedad, su enigma se cierran tan oscuros, que el historiador se detiene al filo del tiempo mítico. Pocos son los oídos que recogen el rumor interno de las cordilleras, de las piedras inmemoriales, de las armas y utensilios primitivos. Menos los ojos que al escrutar las azules teogonías, sorprenden la marcha finísima del tiempo: un ascender, un decrecer y un reanudar sin tregua. Rastreamos apenas la huella de las últimas pisadas. El suelo creador y cosmogónico, ya no empalma con el habitante animista y reproductor de los símbolos telúricos. ¿Quién alcanza la grandeza absorta de los bloques de Tiwanacu, la lengua secreta de los glifos de la Puerta del Sol, la impassible gravedad del Monolito? ¿Puerta del Sol? ¡Portal de Wirakocha, que dios antropomorfo, héroe y caudillo político, señorean con triple poderío la piedra prodigiosa! Y éste es sólo un comienzo, que más allá se tienden los reinos ulteriores del morador lacustre, del nómada, del cazador, del troglodita. Entre el paleo y el neolítico ¿cuántas socieda-

des intermedias? No está probada una mayor antigüedad del hombre americano, mas quien sepa seguir una huella irá más lejos tras la planta andina, que siguiendo el rastro del cavernario occidental.

¿Qué tiempo ha transcurrido desde la última erosión silúrica que levantó las cordilleras? ¿Es verdad, como afirma Heath, que los Andes surgieron tres veces del océano y otras tantas volvieron a insumirse, antes de lograr su actual configuración? Ni geólogos, ni antropólogos marchan de acuerdo, pero los poetas saben, como el indio, que la génesis andina hay que buscarla en el pasmo de las cumbres. La montaña es el Dios Mayor de América, su oráculo final. Quien estudia su constitucional estructura, concibe su extática belleza. Y al definir la tierra, está revelando en verdad al poblador.

En la América del Sur el tiempo mítico baja de las nieves. ¡Alteza de cumbres en desgarró, mares que se petrifican en montañas, abismos sumergidos bajo el agua! Fueron tantas las proezas del antiguo morador del Ande, cuanto las peripecias de la tierra; poco estudiados, suelo y poblador duermen el sueño intacto de la espera... Aquí orogénias y filologías brotan de campo virgen. Hubo trastornos geológicos, imperios altaneros, devastaciones, éxodos, tumulto y destrucción de pueblos; tantas veces cuantas la planta humana afrontó las revoluciones de la naturaleza. ¿Qué pupila alcanza el espanto final de la época glacial? La meseta andina, que asciende todavía lentísima, a razón de treinta centímetros por siglo, da la pauta de las transformaciones pretéritas, cuando las montañas se erguían como trombas de agua y el mar inmovilizaba sus furros en rudas serranías. ¡Imaginad al hombre, por grande que fuese, perdido en el terror del torbellino cósmico! No es en las ciudades megalíticas del altiplano, sino en las portentosas catedrales de los Andes donde nacen los Dioses y los Héroeos. El mito, que es la necesidad de hallar causas a los hechos, la interrogación al misterio, subió en el corazón andino conforme la inteligencia se aproximaba a la comprensión de los fenómenos. ¿Qué fueron Taypicala, Huiñaymarca? Apenas la declinación del tiempo cosmogónico, cuando naturaleza y hombre lidiaban cara a cara en la porfía de sobrevivirse. ¡Milagro es que aún subsistan los escombros de Tiwanacu, en la sinfonía helada de las cordilleras!

En el principio era el Mar...

El dios eterno de los brazos sin fatiga, que mueve y configura el mundo a su deseo. El manto celeste y la sábana marina encendían la paleta de la fábula: azul metálico, zafiro, cobalto, aguamarinas,

turquesas y sílices dormidos, carbones que se azulan, clarores celestiales; toda la gama del color angélico y sus seráficos matices. Era el tiempo primero del aura primordial. A un cielo sin fronteras, un mar sin esperanzas. Agua y éter sin fin; éter y agua sin forma. Todo igual a sí mismo, sustento de su propia grandeza. Si el aire indefinible, la materia acuática inasible. Con un ojo aterrado el Dios etéreo mira y se mira en el abismo líquido; con un ojo espantado el Dios marino trata y retrata la infinidad aérea. La unidad se nombra por dos que son uno: cielo como mar, mar como cielo. Y una quietud tan honda y un silencio tan vivo, que nada turba la secular mansedumbre.

En el principio era el Mar . . .

Pero un día los titanes removieron el abismo. Y fué la acción. Las legiones terrestres se precipitan contra los ejércitos acuáticos. La roca, airada, se revuelve como espada flamígera contra la gran culebra líquida que, dividida en mil pedazos, recompone sin tardanza sus elásticos anillos. Aquí los generales montes encabezan audaces ofensivas; allá las almirantes olas repelen y acometen sin descanso. Si un cerro quiere erguir cabeza, las trombas de agua lo cercenan volviéndolo al abismo. Si avanza un muro líquido, lo abate la tempestad telúrica. Saltan los continentes en islas y los mares en espuma, que si mejores corceles la tierra, jinetes mayores el agua. La espada terrestre hiere rapidísima; la culebra marina recompone presurosa. ¡Combate de las tierras y las aguas! Militares raptos contra marineros ímpetus. Suben los dardos térreos confundidos con las flechas líquidas. En la pugna inenarrable, las formas mudan sin descanso: ya no una espada, millones de venablos; la gran sierpe hendida en culebras incontables. Máquinas de plástica hermosura se destruyen en el choque del alud y de la espuma. ¡Imperio alterno de la ola y de la línea firme! Al bramido de las masas rocosas responde el vértigo de los remolinos acuáticos. Caen las olas como decapitadas torres, se insumen las montañas cual arena. Entonces fué que los aires y los fuegos decidieron terciar en la contienda: ígneos escuadrones y huracanadas huestes acrecentaron el conflicto de las fuerzas. Aquí las piedras más famosas, los bólidos de fuego, las lavas del limo submarino. Allí las cimas agresivas, los vientos subterráneos, los cuarzos de angustiada geometría. Y cuando piedra, fuego, lava, cima, viento y cuarzo fueron una sola masa incontenible hacia lo alto, acrecentóles la tajante furia del torbellino circular que desplaza, desplazándose. ¡Misterio de soles y de átomos! Fasto marino, telúrica epopeya.

Todo igual: surgir y remover y declinar. Si centro y periferia son lo mismo, mares y continentes se responden. Una vez más cumpliósese la ley cósmica: viene el nacer de un perecer, y el alternar de las formas del contrastar de las esencias. Del trágico pavor del mar, surgió el dramático esplendor de la tierra. Bramando se alejaban las cordilleras de agua. Rugientes se afirmaban las telúricas trombas. Rota la líquida llanura, emergieron los rudos montes, las suaves playas, la extensa pampa, los bosques y desiertos sin límite abarcable. Vencido quedó el Mar por la irrupción terrena.

Esta fábula, que con ser fábula es historia viva y palpitante, tiene un epílogo.

Cuando el Genio de la Tierra revistaba las legiones vencedoras, ordenaba simultáneamente el mundo. Asentó las tierras bajas, abrió cauce a los ríos, moldeó los valles en la aspereza de las sierras. Con casquetes de plata, cerró las bocas ígneas de su poderosa artillería. (El Chachacomani, el Isluga, el Huallatiri, el Sajama y el Tacora, recuerdan todavía la lucha formidable.) Y su hazaña más alta se vierte así. Cruzaba el carro huracanado frente a las montañas más intrépidas, aquellas que crecían hacia el astro desde el rapto profundo del abismo, cuando el Vencedor, absorto en la pesadumbre de su gloria, profirió estas palabras: “¡Detente, oh cordillera!” Y el Ande fué. Y la nieve y el basalto petrificaron la gesta cosmogónica. Derrotado, el demiurgo líquido habló a su vez:

—Ganaste parte de mis reinos, mas algo debe recordar esta lucha. ¿Puedo dejar mi rastro en lo perdido?

Repuso el vencedor:

—Sea tu rastro en medio a mi grandeza.

Y el Titikaka, el Lago Sagrado de los Andes, es la celeste lágrima que derramó el Genio del Mar cuando las cordilleras subieron del abismo.

Acaso después de aquella remota lejanía, vislumbró el incógnito Narayan la leyenda de aquel “Mallcu” —perdido fué su rastro con su nombre— que levantó un imperio con la estatura del cielo. Ni Sesostris ni Salomón, ni Alejandro ni el César le aventajaron en la ciencia de gobernar acrecentando. Señor del Mar, del Llano y la Montaña, fueron tales su valor y su sapiencia, que sus hechos brillarían como estrellas, si montaña, llano y mar no los hubieran sepultado en la oscura lejanía cosmogónica.

Por aquellas apartadísimas edades, la roca, hecha hombre, se ponía a caminar. Perecían los pueblos envilecidos y se erguían las razas más puras y más fuertes. Viriles almas en gigantes cuerpos. Ciudades megalíticas hablaron del culto a la piedra, origen del mundo y sus fenómenos. El hombre no era moldeado en barro, como en mito adámico, sino en substancia pétrea, que es la tierra concentrada, alquilarada hasta la dura soledad del mineral. Era el tiempo de los astros y del sentido de la tierra. Mientras los "mallcus" organizan reinos, persiguen los "amautas" el dominio de las fuerzas invisibles, sospechando —miríadas antes que Jenócrates— que en el aire habitan potentes y ariscas naturalezas, cuyas radiaciones misteriosas, captadas y dirigidas por la mente, pueden gobernar el mundo físico y controlar las emociones humanas. Si hubo superhombre ; entonces fué! Nietzsche lo ignoraba ; y al proyectarlo en el futuro, en verdad recordaba el tiempo antiguo.

Pero el Ande aterrador, palingenésico, destruye todo lo que exalta. Y apenas si el soñador, por encima del arqueólogo, presente el pasado fabuloso : ¡ Viejas sofías recordaron siempre, que detrás de una historia hay cien historias, y al cabo de un camino mil caminos !

FERNANDO DÍEZ DE MEDINA,
La Paz.

